

PRÓLOGO

LA PASIÓN DEL INFINITO

GUSTAVO MARTÍN GARZO

Jóia de Família es la primera novela de la trilogía *Principio da Incerteza*, de la que *A Alma dos Ricos* y *Os Espaços em Branco* son respectivamente la segunda y la tercera parte. Son novelas independientes, unificadas por ese principio de incertidumbre que resume no solo el universo de las tres, sino el de toda la obra de su autora. «Cuanto más incompetentes son las personas, más se comprometen a decir verdades. No vale para nada decir verdades; el principio de la incertidumbre vela para que no tengan la capacidad de causar efecto alguno en buenos ni en malos», se lee en esta novela dando a entender que no hay forma de adquirir certezas acerca de los demás. El universo de Agustina Bessa-Luís está poblado de personajes ricos y ociosos, dotados con frecuencia de una gran cultura, junto a los que se mueven seres sin escrúpulos capaces de las mayores vilezas con tal de enriquecerse y triunfar. Suelen habitar las grandes casas de las riberas del Duero o los confortables pisos del Oporto más elegante, que es la ciudad en la que la autora vivió toda su vida. Bessa-Luís no juzga a esos personajes, se limita a mostrarlos con sus mezquindades y pasiones, sin ocultar la simpatía que inevitablemente siente por ellos. Tal vez porque todos padecen lo que Chesterton llamó bellamente «las agonías del anhelo».

Joya de familia es una novela laberíntica que constituye un desafío permanente para el lector, que deberá preguntarse a cada momento donde está la verdad de unas historias que se van construyendo y deconstruyendo ante sus ojos como pasa con las imágenes de los sueños. La novela podría recordar a una de esas casas decimonónicas con un fantasma dentro. Vemos empañarse los espejos, los objetos se desplazan ante nuestra vista, hablan los retratos, los pasillos se pueblan de pasos, hasta que nos damos cuenta de que toda esa actividad, esa vida indefinible que se despliega ante nuestros ojos, no encubre sino las tentativas de un único fantasma de hacernos llegar su historia. Ese fantasma es la joven Camila, que poco a poco se va apoderando de la novela, hasta pasar a ser el enigma que más deseamos resolver. Es, sin duda, uno de los personajes femeninos más cautivadores de cuantos ha concebido la novelista portuguesa. Se trata de una joven burguesa, miembro de una familia arruinada, incapaz de protagonizar su propia vida, pero dotada de un inesperado poder de seducción capaz de contaminar las esperanzas, almas y deseos de cuantos la rodean. Camila es una mutante, dirá Vanessa, otro de los personajes de la novela, dando a entender que pertenece a una variante de la naturaleza cuyas reacciones son imposibles de adivinar o prever. Personas que aparecen por casualidad, que no son enviadas, pero que poseen como los ángeles y otras criaturas sobrenaturales el poder supremo de perturbar el orden del mundo al que llegan.

Hay un momento en que, presionada por sus familiares, que pretenden que firme unas escrituras para pagar las deudas que han contraído, Camila se echa

inesperadamente a reír. Su risa es la misma de Juana de Arco en el momento de su abjuración, esa risa que tanto indignó a los jueces, desarmados ante la imprevisible inclinación al humor de Juana. «La escena había sido preparada para infundir tristeza y ella demostró que era ridícula. “¡A la hoguera!” era la voluntad de todos. Pero era una voluntad ilógica porque Juana alimentaba la fuerza de la imaginación, y resultaba indispensable hasta para sus adversarios.»

La novela está poblada de personajes tan contradictorios como atractivos —los hermanos Roper, António Clara, Toro Azul y Vanessa, amante peligrosa y socia de sus oscuros negocios, Celsa y Camila—, a los que veremos entrar y salir de las distintas tramas movidos por fuerzas de las que nunca son enteramente dueños. Su autora los observa con una mirada irónica que no excluye la simpatía ni la ternura. La brillantez de su estilo, su inteligencia, su agudeza crítica, sus aptitudes para el humor, siempre están al servicio de la búsqueda de la belleza y de lo inesperado. Por eso sus novelas, aun en sus pasajes más decididamente grotescos, nunca derivan hacia la caricatura. Su ideal del arte como empresa amorosa, como liberación parcial del aislamiento esencial del ser, le impide tal ejercicio de impiedad. No abjurar del mundo, sino contemplarlo de una forma nueva, saboreando la inutilidad y el placer sin precio que hay en él, es una convicción que nunca la abandonará.

«No hay nada sencillo en el hecho de ser humano. Y quien acepta esto, de algún modo, está llamado a cumplir un destino extraordinario, a causar en los demás los terribles efectos de la verdad.» Es Camila quien,

al cumplir sin proponérselo ese destino extraordinario, termina por desenmascarar a los demás, haciendo saltar por los aires el quebradizo orden que rige sus vidas. Antes que un personaje, Camila es una criatura. Alguien que debió permanecer en el bosque, entre las fuentes y las grutas, como los ciervos o las lobas, que es pura naturaleza, pero que se ve obligada a vivir en un mundo que no le pertenece y en quien la vida terminará brotando como una flor extraña con la que nadie, ni ella misma, sabrá qué hacer. «Todos juegan con la personalidad múltiple —le dice a Camila uno de los hermanos Roper—, y usted Camila juega con no tenerla. El sentido épico de la vida depende de eso. Las personas que no tienen personalidad múltiple son las llamadas épicas.» Pero Roper se equivoca, y Camila está lejos de ser ese héroe épico del que habla su amigo. Al final de su novela, veremos cómo, tras quedarse mirando a su nuevo marido, le pregunta decepcionada si no le gustaría tener otro nombre. «A Fernando Pessoa le gustaban los pseudónimos. Es un buen indicio para un poeta como él. Los pseudónimos son una manifestación de la pasión del infinito.»

Manoel de Oliveira, gran amigo de Bessa-Luís, y que llevaría al cine dos de las novelas de esta trilogía, cuenta en una de sus películas la historia de un hombre que todos los años debe refugiarse en celdas cada vez más pequeñas hasta que en la más pequeña de ellas da con un hilo de plata que le permite escapar. Ese hilo habla de la vida en la otra orilla. De la vida como debe ser, no como acabamos viviéndola. Un hilo así es el que Camila encontrará inesperadamente en su deambular por la vida de los otros, lo que no excluye que no sepa

muy bien qué hacer con él, ni que pueda evitar la risa cuando estos lo descubran en sus manos. «Ella no tenía fuerza de voluntad. Se dio cuenta de que amaba todo lo que la tierra le ofrecía, el bien y el mal, y las amarguras le parecían dulces si se las daban aquellos a los que amaba.» Todos los que tienen la pasión del infinito son así. No necesitan entender, les basta, como le pasa a Juana de Arco, con oír y seguir las voces que los demás desdeñan.

JOYA DE FAMILIA

CAPÍTULO I

EXAMEN PRENATAL

No se escribe mejor porque se haya escrito mucho. A veces me sorprendo hojeando páginas viejas, firmadas de mi puño y letra, con un tono perfecto en el que la imaginación revolotea como un hada madrina que no envejece ni pierde la razón jamás. La razón siempre es la misma, está resguardada de los largos padecimientos que traen las decepciones, de la experiencia..., de todo.

Pero si hay algún progreso en el arte de escribir, seguramente deriva de un solitario voto de castidad; de reducir a una simple anécdota el corazón humano, más allá de su obligación vital de palpitar.

Siempre me ha seducido poner en tela de juicio lo más profundo del sentimiento, como si el tiempo no pasase y las costumbres no cambiasen. Por ejemplo: coger a un joven estudiante, de los de la capa plegada al hombro con distinción y gusto¹ y llevarlo a conocer, pongamos, a Carlota, en el comedor, hacia las cuatro de la tarde. En realidad, la casa sería ahora un hotel privado, adaptado al turismo rural. Los criados estarían contratados bajo los preceptos de la seguridad social y habrían perdido muchas de las debilidades que tan bien describió Swift². Ahora son operarios y no lacayos quejumbrosos llenos de malas artes. Rara vez son vistos, salvo a las horas de las comidas, y nadie puede decir que es posible pedir sus favores en los días de descanso supervisados por el sindicato hostelero o similar. Pero tienen la misma mirada vengativa que

examina al huésped mejor de lo que lo haría un agente de aduana.

La única novedad que se habría introducido en el paisaje sería un pequeño bosque de plumas blancas que antes no estaba allí. Su belleza, demasiado fácil, ya ha sido causa de crítica; además de ser considerado un elemento de mal agüero. Se podrían haber plantado madreselvas, cuyas flores desprenden un perfume delicioso, se podrían haber plantado araucarias y rododendros; pero nada de plumas, tan mal vistas como las plumas de pavo real dentro de casa. Nadie sabe cómo estas leyendas adquieren derechos y se transforman en reglas domésticas, pero la verdad es que terminan por ser acatadas como las leyes más respetables y dignas de ser obedecidas.

A aquella hora, entre las cinco menos cuarto y las cinco de la tarde, un chico de cabellos largos, con una camisa que parecía sacada del fondo del baúl de un bisabuelo muy antiguo, salió de su Jeep gris y miró hacia la casa con moderada expectación. Se había criado en estrecha amistad con las Tortugas Ninja y una tranquila escena de campo solo podía causarle decepción. Todo lo que no fuese exhibirse entre gente acomodada y la fina silueta del tenista en su campo de tierra batida, no le interesaba. Incluso dejaba el cine para los burgueses que acabarían reposando su euforia en un mundo corrupto, en un escaño del Parlamento.

La sociedad cada vez estaba más libertina, conducida por un ideal de rapidez, de consumo y de ambición precipitada. No se puede decir que hubiese una intolerancia a las buenas costumbres, pero la fauna de la noche no parecía recibir con gusto a esos chicos grandes y

bien nacidos que a veces aparecían en las discotecas para quedarse inmóviles, recostados en las paredes, con aire de desinterés y furor contenido. A los 18 años, António Matos Clara, también conocido como «Clavel Morado» por motivos que más adelante explicaré, deseaba pertenecer a una raza exterminadora e implacable. Era una especie de romanticismo, más que nada porque los medios de los que disponía eran escasos, cuando no puramente virtuales. Había tenido una infancia infeliz, él y sus hermanos. El padre, un diplomático con graves lesiones de corazón, se había quedado inválido siendo todavía joven y con una prometedora carrera por delante. Sin fortuna personal, políticamente inestable y con amigos de medio pelo, adscritos a una corriente de opinión que no era la preferida del Gobierno, se vio únicamente apoyado por la mujer que lo amaba apasionadamente. Sin ella, no le habría sido posible acarrear las obligaciones del cargo ni cumplir con la espinosa labor de embajador. Tiene un toque Stendhal³ el comienzo de esta novela porque de él pende el destino de dos personas de alta condición moral y de pasiones aventureras. La fortuna no las defiende, pero las hace más invulnerables.

El hecho de que António Matos Clara sólo tuviese hermanos varones facilitó el abandono de la madre, que los entregó a criados de confianza bajo la vigilancia de amigos de la familia. ¿Qué amigos pueden sustituir a un padre y a una madre? Incluso así, habrá quien lo haga con atroz diligencia. Y digo atroz porque hay un poco de atrocidad en el amor de sustitución. Deja en el corazón un poso de hiel resultado de imaginar el cariño perdido de los padres ausentes.